

del favor creciente que dispensa el público español á la traducción de sus obras y al buen acogimiento de la crítica, la cual no ha cesado de alentarnos á continuar hasta el fin, estimulándonos con sus elogios y auxiliándonos con sus consejos, más ocasionados éstos que aquéllos, y por los cuales consignamos el testimonio de nuestra gratitud al dar de mano á la tarea comenzada con temor, proseguida con empeño y acabada con la satisfacción propia de quien cree haber hecho algo útil y duradero.

MARIANO JUDERIAS BENDER.

Madrid, 15 de Julio de 1830.

## LORD BACON.

THE WORKS OF FRANCIS BACON, LORD CHANCELLOR OF ENGLAND. A new edition, by Basil Montagu, Esq. 16 vols. in 8.<sup>o</sup>. Lóndres, 1825-1834 (1).

Aun cuando á las veces nos hallemos discordes con Mr. Montagu en orden á las apreciaciones consignadas por él en el cuerpo de su obra sobre lord Bacon, hemos de agradecerla y reputarla meritoria y excelente; añadiendo que, despues de leerla, nadie dudará de la discrecion y del acierto con que ha reunido los materiales necesarios á fundar sus conceptos y razonamientos, y de que somos deudores en gran parte á sus mismas prolijas y exactas investigaciones de los medios de combatir cuanto aduce, á nuestro parecer, erróneamente.

Mr. Montagu ha realizado su obra con *amore*, apasionándose del asunto. Pero los que asisten á la cátedra, donde tanto brilla por su talento y sus triunfos tan repetidos, y saben cuánta es su habilidad en dar animacion y vida á los puntos de derecho, aduciendo trascendentales aforismos ó brillantes co-

(1) El presente estudio vió la luz pública el mes de Julio de 1837 en la *Edinburg Review*.—N. del T.



mentarios sacados del *De Augustis* ó del *Novum Organum*, no se sorprenderán ciertamente del honrado y generoso entusiasmo que campea en la biografía de Bacon, y que han sido eficaces á estimular su actividad, á sostener su perseverancia y á desarrollar su habilidad y elocuencia en grado sumo, bien que asimismo á falsear sus juicios.

Penetrados también de benevolencia por mister Montagu y hasta por lo que llamaremos sus debilidades, vamos á entrar en materia, persuadidos de que son muy contados los errores tan dignos de disculpa como aquellos que inducen al hombre á revestir de todas las cualidades morales á los que han dejado monumentos imperecederos de su ingenio. Porque como las causas ocasionales de estas ilusiones toman origen de los secretos más escondidos de la naturaleza humana, siempre nos hallamos dispuestos á juzgar al prójimo con arreglo á nuestro punto de vista personal, y de aquí que la opinion que nos formemos del carácter de los otros dependa mucho de la manera como influya y afecte sobre nuestros propios intereses y pasiones; aconteciendo así que no sin esfuerzo pensamos favorablemente de aquellos que nos contrarian ó deprimen, y que nos sentimos dispuestos á extremar la benevolencia y á buscar mil excusas ingeniosas que atenúen ó encubran los vicios de aquellos que son para nosotros útiles ó agradables. Ilusion es esta de la naturaleza humana que sólo en parte pueden destruir la reflexion y la esperiencia, y error que forma parte de la *idola tribus*, para servirnos de la fraseología de Bacon; ilusion y error que producen las más de las veces la extraordinaria indulgencia con la cual juzgan los contemporáneos y la posteridad el carácter moral de los varones eminentes que han

descollado en las letras y las artes, debido á que la humanidad disfruta y se aprovecha de los trabajos que realizan, siendo el número de los que sufren de sus vicios personales muy reducido, aún mientras viven, comparado con el crecidísimo de aquellos para quienes sus talentos son fuente inagotable de satisfacciones y de goces; pasando con los primeros la memoria de los agravios recibidos, y quedando perenne con sus obras el recuerdo de los beneficios producidos por ellos á los contemporáneos y á la posteridad. Vivo está en la mente de todos en nuestros días el ingenio felicísimo de Sastio, sin que ninguno se preocupe ciertamente de los nómidas á quienes saqueaba ni de los desdichados maridos que lo encontraban en sus casas sin causa justificable muy á deshora: la sutileza de las observaciones de Clarendon, la sobriedad serena y reposada de su estilo, nos seducen y arrastran al extremo de no ver nunca en él al hipócrita ni al tirano, sino al historiador, y Falstaff y Tom Jones han sobrevivido á los guardas que apaleaba Shakspeare y á las huéspedes que Fielding estaba; porque los grandes y afamados escritores son los amigos benéficos de cuantos leen sus obras, y éstos no pueden juzgarlos nunca sino bajo la influencia engañadora de la amistad y la gratitud. No hemos menester decir cuánto resistimos á creer en aquello que hiere la honra de las personas que bien queremos, en cuyo trato gozamos y de quienes hemos recibido muestras de favor; cuánto luchamos contra la evidencia, y cómo, al ver demostrados los hechos de una manera indubitable, nos asimos á la esperanza de que aun pueda existir alguna explicacion ó circunstancia desconocida y misteriosa que sea eficaz á disculpar ó atenuar los cargos hechos y pro-



bados. No es otro tampoco el movimiento que impulsa naturalmente á los hombres que han recibido educacion liberal cuando tratan de los claros ingenios de los tiempos pasados, porque no pueden calcular la cuantía de la deuda en que se hallan respecto de ellos por haberlos guiado hácia la verdad, colmado su espíritu de nobles y generosas inspiraciones, y sidoles fieles en todas las circunstancias de la vida, consolándolos en las horas de afliccion, velándolos y asistiéndolos en la enfermedad, y acompañándolos en el aislamiento; manera singularísima de afecto, exenta y libre siempre de los contratiempos y eventualidades que pueden debilitar ó destruir en nosotros otras amistades por arraigadas que sean. El tiempo pasa; la fortuna es inconstante; los caracteres se agrian y se enconan; los vínculos que parecian firmísimos é indisolubles se relajan, se desatan ó se rompen cada día por el interes, la emulacion ó el capricho; pero nada es parte á cortar nuestras relaciones misteriosas y puramente del alma con los grandes ingenios en cuya comunion vivimos; amistad tranquila del espíritu, amor acendrado de la inteligencia, que ni el resentimiento ni los celos son eficaces á turbar nunca; iguales y constantes siempre, lo mismo en la grandeza que en la miseria, en la gloria que en la oscuridad; que los muertos no cambian, y por eso Platon no es desapacible nunca, ni Cervantes insolente, ni llega Demóstenes fuera de ocasion jamás, ni Dante se hace pesado, ni existe divergencia política que pueda enojar á nadie con Marco Tulio, ni herejía que haga odioso á Bossuet en ningun caso.

Parece, pues, natural que quien se halla dotado de sensibilidad y de imaginacion experimente impulsos de afectuoso respeto hácia los grandes hom-

bres, en cuya sociedad espiritual vive constantemente, aun cuando sea cosa cierta y averiguada que á las veces no han merecido algunos de ellos la manera de culto idolátrico de que son objeto. Porque hay escritores, entre los innumerables cuyo ingenio ha producido abundante cosecha de obras para enseñanza y deleite de la humanidad hasta los siglos más remotos de la historia, que se hallaron en situaciones tales, y obraron cediendo á móviles tan conocidos de todos, y ejecutaron actos de tanta gravedad, que no pueden merecer aprobacion de las personas imparciales, y á quienes, sin embargo, el fanático entusiasta del genio, resistiendo hasta los testimonios de la evidencia, sigue reverenciando con fe ciega y sumisa, sin dar crédito á sus propios sentidos; que para él es artículo de fe el carácter del ídolo y la razon es nada, ó cosa baladí, y persevera en la supersticion con credulidad tan ilimitada y celo tan poco escrupuloso como el que se halla en los parciales exaltados de los bandos políticos ó religiosos, rechazando las pruebas más convincentes, dando de lado á las reglas de moral más elementales, y falsificando de todo en todo las partes más esenciales y fidedignas de la historia; pues el fanático desnaturaliza los hechos y confunde lo malo y lo bueno con destreza digna de mejor causa por asegurar á su ídolo, que yace acaso envuelto en el polvo de los siglos, mejor reputacion en lo porvenir de la que realmente merece.

La *Vida de Ciceron* por Middleton es una prueba irrefragable de la influencia que logra ejercer este género de parcialidad; porque si nunca hubo carácter más fácil de comprender que el de Marco Tulio, tampoco hubo inteligencia más perspicaz ni espíritu más analizador que lo fué ciertamente el de su



biógrafo, y si éste hubiera empleado en el exámen de la conducta de su hombre de Estado favorito una pequeña parte de la sutileza de ingenio y de la severidad de juicio que demostró en sus investigaciones acerca de Epifano y de Justino Mártir, habria producido interesantísima historia relacionada con época por todo extremo interesante; pero es lo cierto que aquel hombre tan ingenioso, tan discreto, tan sabio y «tan prudente que apénas si creia en lo mismo que la Iglesia por no equivocarse» (1), tenía una superstición que tornaba en idólatra al iconoclasta; pues en tanto que discutia con el calor de verdadero abogado del diablo, y no sin habilidad por cierto, los derechos de Cipriano y de Atanasio á ocupar puesto en el calendario, componia fervorosamente una leyenda falsa y apócrifa en honra de SAN MARCO TULIO CICERON, ofreciendo á los ojos de la humanidad como dechado de cuantas virtudes son imaginables un personaje que, si por su talento y saber fué superior á cuantas alabanzas se le tributen, y reunió excelentes cualidades, tenía el alma pervertida de vicios femeniles; reputando por prudentes, virtuosas y heroicas ciertas acciones suyas, para las cuales él mismo, elocuente y hábil orador, no halló nunca disculpa, y sólo fué osado á tratar de ellas en sus cartas confidenciales, y para eso con vergüenza y remordimiento. Y tanto extremó Middleton las muestras de su afecto por Marco Tulio, que para mejor abogar y defender á tan amable, persuasivo y veleidoso prócer, desnaturalizó diestra, pero despiadadamente, toda la his-

(1) «So wary held and wise  
That, as't was said, he scarce received  
For Gospel what the Church believed.»

toria de aquella gran revolucion que derribó la aristocracia romana, el estado de los partidos y hasta el carácter de todos los hombres públicos contemporáneos.

El libro que nos ocupa nos recuerda la *Vida de Ciceron* en algunos casos, si bien entre ambos existe una diferencia importante. Porque mientras el doctor Middleton tiene conciencia de la mala causa que defiende, y apela en beneficio de su cliente á los ardidés y habilidades, desfigurando los sucesos de una manera imperdonable, ó suprimiéndolos á capricho, la fe de Mr. Montagu es implícita y sincera, y no comete ningun engaño, ni disimula ni oculta nada, sino que pone los hechos á nuestra vista sin artificio y persuadido de que producirán en el ánimo de sus lectores idéntico efecto que en el suyo: sólo cuando pasa de los actos á los motivos de los actos es cuando se revela su parcialidad, aventajando entónces y excediendo á Middleton. Montagu parte del supuesto de que Bacon era hombre virtuosísimo, y juzga del fruto por el árbol, y da cuenta de muchas acciones de su defendido que nadie hubiera pensado en defender á cometerlas otro que no él, por ser fáciles de explicar con sólo admitir que Bacon carecía en absoluto de principios elevados y sólidos; explicación que no se logra en virtud de otro procedimiento, á ménos de recurrir á hipótesis grotescas y sin pruebas. Pero á los ojos de Mr. Montagu no existe hipótesis tan inverosímil é improbable como la de que su héroe haya podido, en ningun caso, cometer faltas graves.

Antójasenos poco *baconiana* esta manera de abogar por Bacon y defenderlo; porque dar como supuesto y establecido el carácter de un hombre y deducir despues de su carácter la naturaleza moral



de sus acciones todas, es, sin duda ninguna, método completamente opuesto al que recomienda el *Novum Organum*. Y tanto es así, que á nuestro parecer sólo ha podido inducir á Mr. Montagu á separarse de los preceptos de su maestro en esta circunstancia importantísima, el celo exagerado por su gloria. En cuanto á nosotros, adoptaremos conducta diferente, al proponernos ahora, con el valioso auxilio de Mr. Montagu, dar á nuestros lectores idea siquiera sea superficial de la vida de Bacon, aunque bastante á facilitarles el conocimiento exacto de su carácter.

Inútil nos parece decir que Francisco Bacon era hijo de sir Nicolás, ministro de la reina Isabel de Inglaterra durante los veinte primeros años de su gobierno, y aun cuando la fama del padre quedó eclipsada por la del hijo, no es razonable ni lícito decir que aquél fuera político vulgar.

Pertenecía sir Nicolás á una clase de hombres que ántes se describe colectiva que no individualmente, cuya inteligencia se formó bajo la misma dirección, que pertenecían á la misma clase social, á la misma universidad, al mismo partido, á la misma secta y á la misma administración, siendo sus facultades, opiniones, costumbres, prácticas y destino tan semejantes, que al bosquejar el carácter y la vida de cualquiera de ellos, se bosqueja el carácter y la vida de todos los demas. Fué aquella la primera generación de hombres de Estado, en la verdadera acepción de la palabra, que produjo Inglaterra, pues ántes los políticos, salvo algunas contadas excepciones, fueron siempre guerreros ó sacer-

otes; guerreros cuyo rudo valor no guiaba la ciencia ni suavizaba la filantropía, y sacerdotes que consagraban por hábito su ciencia y sus facultades á la defensa de la tiranía y de la impostura. Los Hotspur, los Neville y los Clifford fueron ásperas naturalezas, incultas é irreflexivas, que demostraron en la sala del Consejo la tosquedad ingénita de su modo de ser y las crueles y despóticas disposiciones adquiridas en el fragor de las batallas, en la duración de las guerras, en las turbulencias, saqueos y matanzas, y en el sosiego, también, forzado de sus sombrías fortalezas, rodeadas de fosos y centinelas. A su vez, los prelados eran apacibles y poseían aquel caudal de conocimientos que á la sazón se reputaba por ciencia; habían adquirido en las aulas el arte de gobernar la palabra, y en el confesionario el de gobernar los corazones; rara vez supersticiosos, pero hábiles en servirse de la superstición ajena; pérfidos, como habían de serlo necesariamente quienes no tienen otra disyuntiva en su oficio sino la santidad ó la hipocresía; egoístas, como era natural que fuesen quienes no pueden formar vínculos domésticos ni almentar la esperanza de posteridad legítima; adictos á su orden ántes que á su patria, y sumisos á Roma mientras dirigian la política de Inglaterra.

Pero el acrecentamiento de la riqueza, los progresos realizados en las ciencias y la reforma religiosa produjeron un cambio de mucha importancia, dejando de ser los nobles caudillos militares, y los sacerdotes de tener vinculada la ciencia, y viéndose aparecer entónces nueva y notable raza de políticos. Y aun cuando ninguno de sus individuos pertenecía como ántes á las clases de la sociedad que proveyeron al Estado de ministros, y eran todos del



orden civil, ni les animaba espíritu guerrero, ni adolecían de ignorancia. No procedían tampoco de la clase aristocrática, pues nunca tuvieron como el verdadero magnate de aquellos tiempos ejecutorias de nobleza, ni Estados, ni ejércitos de vasallos y servidores, ni almenadas fortalezas; mas no por eso pertenecían á la clase inferior como aquellos á quienes los reyes y los príncipes, movidos de recelo contra la grandeza, sacaban á las veces de la oscuridad de una herrería ó de cualquiera otro ejercicio mecánico y humilde para elevarlos á las mayores dignidades, sino que todos eran bien nacidos y educados, y, cosa singular, graduados en la misma universidad; que ya por entónces los dos grandes centros nacionales de instruccion revestían el carácter que áun conservan, siendo Cambridge, la más moderna y ménos poderosa de las dos escuelas, la que ya se mostraba dispuesta en todo á dar ejemplo de actividad intelectual y de amor al progreso, y de cuyas aulas salían los célebres obispos protestantes que luégo quemaba Oxford, la en que se formó el espíritu de los hombres de Estado, á quienes principalmente debe atribuirse el sólido afianzamiento de la religión reformada en el Norte de Europa.

Los hombres de que hablamos pasaron su juventud en medio del tumulto incesante de la controversia teológica, pues los tiempos lo eran de lucha, y las opiniones se hallaban todavía en el estado más anárquico y perturbador, confundiéndose, mezclándose, apartándose las unas de las otras, avanzando y retrocediendo. A las veces parecía que la tenacidad de los devotos conservadores alcanzaria la victoria; mas luégo el ímpetu incontrastable de los reformistas arrollaba cuantos obstáculos se oponían á su marcha. Entónces se advertía que las masas opues-

tas al torrente invasor y que rodaban con él arras-tradas de su violencia, se aglomeraban en un punto dado, y allí lo resistían de tal modo, que detenerían su curso y lo hacían retroceder poco á poco; siendo un hecho por esta causa que la vacilacion y la duda que resalta en la legislación inglesa la época de que tratamos, y que se atribuye generalmente al capricho y al poder de dos individuos, fué resultado natural y lógico de la vacilacion, de la duda y de la lucha nacional. Porque no era sólo en la mente del rey Enrique VIII donde prevalecía y brotaba un día la semilla de las nuevas ideas teológicas para secarse al siguiente á influjo del confesor; no era sólo en la familia real donde se veía exasperado al marido de la oposicion de la esposa, y al hijo disentir del padre, y al hermano perseguir á la hermana, y á las hermanas á su vez perseguirse mutuamente, sino que la lucha empeñada entre los principios conservadores y los de reforma estaba en todas partes, así en las congregaciones religiosas, como en los centros universitarios, y en el seno mismo del hogar doméstico lo propio que hasta en los últimos arcanos de la conciencia de los hombres capaces de reflexión.

En medio de esta fermentacion de ideas se formaron los hombres de que hablamos; y como habían nacido reformistas y pertenecían á esa clase de individuos que figuran en primera línea siempre cuando se trata de realizar grandes progresos intelectuales, eran todos protestantes. Bien será decir, á seguida, que su celo religioso no fué muy profundo, aunque no haya tampoco motivo para dudar de la sinceridad de sus creencias, pues ninguno quiso aventurar el menor riesgo personal durante el reinado de María, ni secundar la desdichada tentativa



de Northumberland en favor de su nuera, ni tomar parte tampoco en los desesperados designios de Wyatt, sino que se concertaron de modo que residieron en el continente en la ocasion del peligro, y si no pudieron alejarse de Inglaterra, oyeron misa y ayunaron la Cuaresma devotamente. Pasados que fueron aquellos años tenebrosos y despues de ocupar el trono nuevo monarca, consagraron preferente atencion á la reforma de la Iglesia, procediendo en ella con la calma y resolucion propias de hombres de Estado, no con la violencia de teólogos; no á la manera de fanáticos que considerasen la religion católica, apostólica, romana como sistema tan ofensivo á Dios y tan perjudicial á la salud de las almas que no debiera tolerarse un solo momento más, sino como políticos que consideraban los puntos en litigio entre cristianos poco importantes en si mismos, y que no escrupulizaban profesar, del propio modo que ya lo habian hecho ántes, la fe católica de Maria, ó la protestante de Eduardo, ó cualquiera otra de las varias combinaciones intermedias que los caprichos del rey Enrique VIII y la politica servil de Cranmer formaron de las doctrinas de ambos partidos rivales. Estudiaron atentamente la situacion de su pais y la del resto de Europa, y cuando vieron hácia qué lado se inclinaba el espíritu público; trazaron su derrotero y se pusieron á la cabeza de los protestantes europeos, cifrando toda su gloria y su fortuna en el triunfo del partido en que militaban.

Inútil nos parece decir con cuánta pericia, resolucion y gloria dirigieron la politica de Inglaterra durante los años memorables que siguieron á su advenimiento al poder; cómo lograron reunir sus amigos y separar sus enemigos, y cómo hicieron

frente á Felipe II, y auxiliaron el indomable valor de Coligny, y salvaron la Holanda oprimida, y fundaron la grandeza marítima de su patria, y aventajaron en habilidad á los más expertos políticos de Italia, y domesticaron, por decirlo así, á los más indómitos y bravíos jefes del Highland. No por esto negaremos que cometieran muchos actos muy censurables á ser realizados por estadistas de la época presente; pero si tenemos en cuenta el nivel de la moralidad pública entónces y el carácter poco escrupuloso de los adversarios contra quienes habian de luchar, fuerza será reconocer que no sin causa son todavía objeto de veneracion para sus compatriotas.

Existia grande diferencia entre unos y otros ciertamente, bajo el punto de vista moral é intelectual; mas tambien mucho aire de familia. Tenian las facultades del alma perfectamente sanas, y si no se advertia en ellos que ciertas aptitudes estuvieran desarrolladas de una manera notable, si que la salud y el vigor y la entereza prevalecian en todo su organismo. Eran ilustrados, y la naturaleza y el ejercicio habian preparado sus inteligencias á las investigaciones especulativas: las circunstancias, aún más que las inclinaciones, los llevaron á tomar parte importantísima en la vida activa; pero así y todo, supieron dar en ella elevadas muestras de rectitud de carácter y de estar exentos de aquellos defectos que son comunes á los teóricos y pedantes; porque nunca se observaron tanto como entónces, ni más cuidadosamente, los indicios de los tiempos, ni se poseyó conocimiento práctico más grande y completo de la naturaleza humana, distinguiéndose su politica generalmente ántes por la vigilancia, la moderacion y la firmeza, que por la inventiva y el espíritu emprendedor y aventurero.



Hablaban y escribían de una manera digna de la claridad de su juicio, siendo su elocuencia ménos ingeniosa y abundante, pero más pura y viril que la demostrada por la generacion siguiente; elocuencia propia de los hombres que vivieron con los primeros traductores de la Biblia y con los autores de la liturgia anglicana; elocuencia luminosa, digna, sólida y apénas maculada todavía del vicio de afectacion que luégo corrompió el estilo de los oradores y literatos más eminentes; y merced á la cual, cuando tomaban parte á las veces en las controversias teológicas que servían á enmarañar los intereses más importantes del Estado, lo hacían con tanta lucidez y precision como si hubieran pasado toda la vida discutiendo en las aulas y los concilios (1).

Una cualidad poseyeron estos hombres verdaderamente célebres que los preservó de la proverbial inconstancia del monarca y del pueblo, y fué que nunca fueron eficaces coaliciones ni cábalas á privarlos de la confianza de su rey; que ningun Parlamento atacó su influencia, y que las muchedumbres no asociaron jamás sus nombres á ninguna queja formal y odiosa, cesando su poder con su vida; circunstancia esta última que ofrece singularísimo contraste con la suerte que cupo á los políticos tan brillantes y emprendedores de la generacion anterior y de la siguiente. Burleigh fué ministro cuarenta años; sir Nicolás Bacon tuvo el gran sello más de veinte; sir Walter Mildmay desempeñó la cancillería de Hacienda veintitres; sir Tomás Smith ejerció diez y ocho años la secretaría de Estado, y sir Fran-

(1) El autor emplea la palabra *Convocation*, que sirve á expresar en Inglaterra la reunion de representantes del clero, y que puede traducirse por *sínodo* ó *concilio*.—Nota del traductor.

cisco Walsingham casi otro tanto, acabando todos su vida en el poder, rodeados del respeto y consideracion pública y de la confianza de la Corona. No es posible decir otro tanto de Wolsey, de Cromwell, de Norfolk, de Somerset y de Northumberland, ni tampoco del de Essex, de Raleigh y del hombre aún más ilustre cuya vida y hechos nos proponemos examinar.

Acaso sea posible descubrir la explicacion del fenómeno en la divisa que hizo poner sir Nicolás Bacon sobre la puerta de su casa de campo de Gorbambury, la cual leyenda decía: *MEDIOCRIS FIRMA*, porque fué máxima esta que ni él ni sus colegas perdieron nunca de vista, mostrándose siempre más dispuestos á dar ancha, profunda y sólida base á su poder que no á elevar el edificio de una manera imponente, pero peligrosa. Ninguno de ellos aspiró á ser ministro único, ni excitó la envidia desplegando con fausto y aparatosa ostentacion su riqueza y su influencia, ni pensó siquiera en eclipsar la antigua nobleza del reino, apareciendo todos exentos y libres de la pueril vanidad y amor todavía más pueril á los títulos aristocráticos que caracteriza y distingue á los cortesanos influyentes de las dos generaciones más inmediatas, anterior y posterior. Sólo uno entre los nombrados llegó á ser Par del Reino, y para eso se dió por satisfecho con el título de ménos categoría. Y en cuanto á los bienes de fortuna que adquirieron, teniendo en cuenta los tiempos que alcanzaron estos hombres, no sin notoria injusticia podria culpárseles de rapacidad, y tanto más evidente y grande, cuanto que algunos de ellos, aún en la época presente, serian merecedores de alabanza por su desinteres y menosprecio de las riquezas. ¿Y qué decir de su fidelidad al Estado, sino



que fué incorruptible? ¿Y qué de sus costumbres y familias, sino que fueron puras, nobles, dignas y ejemplares?

Entre todos ellos, sir Nicolás Bacon ocupaba el segundo lugar y venía despues de Burleigh. Por eso lo llama Camden *Sacris conciliis alterum columen*, y Buchanan

•.....diu britannici  
Regni secundum columen. •

La segunda mujer de sir Nicolás, madre de Francisco Bacon, fué Ana Cooke, hija de sir Antonio Cooke, persona de mucha ilustracion y gran saber, que por sus merecimientos ejerció el cargo de preceptor de Eduardo VI. Sir Antonio se habia ocupado mucho de la educacion de sus hijas, y vivió lo bastante para verlas á todas bien casadas y mejor establecidas. Los conocimientos clásicos de estas jóvenes las hacian notables, áun entre las más renombradas de su tiempo, como que Catalina, esposa de lord Killigrew, escribía exámetros y pentámetros latinos que harian honor en las *Musæ Etonenses*; que Mildred, mujer de lord Burleigh, fué, al decir de Roberto Ascham, la dama inglesa que supo mejor el griego, excepcion hecha de lady Juana Grey, y que Ana, la madre de nuestro Bacon, estaba tan versada en el estudio de las lenguas y de la teología, que se carteaba en griego con el obispo Jewel, y tradujo de modo tan exacto y correcto del latin su *Apologta*, que ni él ni el arzobispo Parker hallaron un solo defecto. Recordamos otra version de una serie de sermones predicados por Bernardo Ochino en lengua toscana sobre el tema de la fatalidad y el libre arbitrio, hecha tambien por Ana Cooke con felicísimo éxito; siendo de notar en este caso que Ochino perteneció á un grupo de reformis-

tas italianos poco numeroso, pero audaz en demasia, del cual tomó su origen la secta de los socinianos, y que hubo de sufrir á un tiempo mismo los anatemas de Wiltemberg, de Ginebra, de Zurich y de Roma.

Era sin duda lady Bacon persona discreta y de muy cultivado talento; mas no por eso diremos que, así ella como sus hermanas, fueran más ilustradas que muchas contemporáneas nuestras; error este que vemos extendido al presente y generalizado por extremo. Porque se oye á cada momento, entre aquellos que desean ver dar á las hembras sólida educacion, hablar con entusiasmo de las damas inglesas del siglo xvi, y lamentar que no pueda en nuestros dias hallarse una jóven instruída como lo estaban las bellas discípulas de Aschan y Aylmer, que sin dar de mano á las labores propias del primor y habilidad femeniles, comparaban discretamente los estilos de Isócrates y de Lysias, y que en tanto resonaba el bosque vecino con la trompa del cazador y el ladrido de los perros, recogidas y á solas en su cámara, extasiaban el espíritu leyendo esa pagina inmortal en que consigna la historia la manera tranquila, resignada y viril con que tomó de las temblorosas manos de su atribulado carcelero la copa de cicuta el primer mártir insigne de la libertad intelectual. Pero, á decir nuestro parecer con llaneza, se nos antojan sin fundamento estas quejas, pues sin mermar en nada el mérito de las damas del siglo xvi y sus trabajos literarios, puede afirmarse que quien las rinda tributo de alabanzas á costa de las del siglo xix, olvida una circunstancia esencial, importante y muy digna de ser tomada en cuenta. Porque las personas que no podian leer griego ni latin en la época de Enrique VIII y de Eduardo VI,